



Directo a los sentidos y a las visceras, "Omega" vapulea sin remisión fuera de cualquier tipo de análisis racional. Es una obra aislada, sin precedentes ni solución de continuidad, un trabajo a contracorriente y un triple salto mortal que propone el diálogo (o más bien el coito) transcultural desde diversos niveles, espacios y tiempos.

Si el poemario "Poeta en Nueva York" (1930) de Federico García Lorca mostraba una tensión entre los orígenes populares y flamencos del literato granadino, su filiación al surrealismo y su conflicto con la emergente cultura urbana anglosajona en pleno crack de 1929, "Omega" extrapoló al discurso musical contemporáneo esas mismas tensiones con un diálogo alucinado entre flamenco y noise rock mientras el fantasma de Leonard Cohen miraba de reojo. Algo que no fue comprendido desde la ortodoxia, como recuerda Enrique Morente en declaraciones exclusivas para este número de Rockdelux: "Incluso antes de salir el disco, la flamencología empezó a criticarme muy energíicamente y a agredirme como si estuviéramos haciendo algo malo". "Estábamos en el centro del huracán y no veíamos todo el movimiento que había a nuestro alrededor. Fue un posicionamiento, casi un pronunciamiento musical, un golpe de estado artístico a lo que se hacia en aquellos momentos", explica Antonio Arias, de Lagartija Nick.

Todo comenzó en 1993. Por mediación de Alberto Manzano, traductor en España de Leonard Cohen, Morente entró en contacto con el canadiense, y del encuentro surgió la idea de un disco donde el cantante adaptaría al flamenco sus temas favoritos de Cohen. Paralelamente, sus amigos de Lagartija Nick barajaban un proyecto sobre la obra de Lorca. Ellos serían el ruido de la gran ciudad y Morente sería la voz de la sangre. Tras el rechazo de Sony, entonces compañía del grupo granadino, los dos proyectos se juntaron en uno ya con la connivencia de El Europeo. En principio, sólo "Pequeño vals vienesés" –versión de Morente del "Take This Waltz" de Cohen– aunaba a los dos homenajeados. No

obstante, se decidió musicar ocho piezas de "Poeta en Nueva York" junto a otros dos poemas de Lorca ("El pastor bobo" y "Adán") y versionar tres temas más de Cohen ("First We Take Manhattan", "Hallelujah N° 2" y "Priest") sin relación directa con Lorca pero justificado por el cantante como una figuración, un espejismo.

La apertura, con los casi once minutos de "Omega", es ya una maniobra de máximo riesgo que podría valer por todo el disco si no fuera porque el resto del CD es igualmente apabullante. Es el "Poema para los muertos" que cierra el libro lorquiano y que los músicos rescatan de forma tan lúcida como salvaje. Según Arias, "el poema en trece versos ya contiene el grito y el ruido, aparte de ser una premonición sobre la propia muerte de Lorca, pero Morente enseguida visualizó cómo adaptarlo a nuestro caos". El resultado: una desestructuración del texto

original que sigue las leyes de libertad del surrealismo sin traicionar el espíritu lorquiano. Se añaden al poema insertos de "Cuna y panorama de los insectos" –también de "Poeta en Nueva York"– y varias letras populares andaluzas. "Tú vienes vendiendo flores / las tuyas son amarillas / las mías son de colores", por ejemplo, encaja de forma visionaria con el poema troncal, ya que el amarillo representa a la muerte en las constantes lorquianas. Morente termina por utilizarlo como réquiem por el fallecimiento de su madre; y para completar el arrebato, se introducen sampleos de Antonio Chacón, Manuel Torre, Manuel Vallejo, La Niña de los Peines y Manolo Caracol. Un delirio psicofónico con voces de cante jondo que resucitan de forma atropellada mientras Morente emerge con un misticismo descorazonado de alcance indescriptible. Por detrás, un estruendo eléctrico combinado con guitarra flamenca, coros y palmas.

El resto de lecturas lorquianas mantienen constantes de transgresión más moderadas. Ya interpretadas en cohesión con Lagartija Nick, ya tomadas desde perspectivas más ligadas al purismo flamenco –"El pastor bobo" con las guitarras de El Paquete y Juan Antonio Salazar; "La aurora de Nueva York" con Vicente Amigo; "Adán", "Vals en las ramas" y "Norma y paraíso de los negros" con Isidro Muñoz–, siempre desordenan los textos primigenios para que cada canción adquiera vida propia.

A pesar de los momentos en que el cante de Morente se va por bulerías o soleares de forma más controlada, "Omega" es una

constante violación de géneros concebida desde las vísceras y la libertad total. "Los poemas explosionaban en nuestras manos y nos arrastraban por el camino de la intuición", recuerda Arias. El estallido de feedback que rompe por la mitad "Vuelta de paseo" lleva a otro momento culminante: el alarido eléctrico de ese "asesinado por el cielo" es viva expresión del horror que quiso representar Lorca. Lo mismo sucede en "Ciudad sin sueño", con voces de ultratumba y atmósferas que parecen robadas de un disco de Bauhaus; Arias la define como "after-punk místico".

Más anecdotásicas son las aproximaciones a Cohen, aunque igualmente valiosas.

"Sacerdotes" y "Aleluya" son acertadas revisiones en clave flamenca y "Pequeño vals vienesés" es emoción pura, erotismo suave que navega entre la pena, la nostalgia y el placer. Finalmente, su visión de "Manhattan" reinventa con mayor inquietud el amenazante espíritu subversivo del tema original. Al diálogo entre el rock violento de Lagartija Nick y la guitarra acelerada de José Manuel Cañizares se suma el irresistible dueto vocal entre Enrique y su hija Estrella, quien debutaba aquí discográficamente.

Punto y aparte o nota al margen en las trayectorias de sus artífices, este presunto proyecto paralelo se convierte en la obra maestra de un peso pesado del flamenco y en el gran legado de un grupo que nunca fue estrella en la generación del rock independiente español. Un descomunal milagro. **DAVID SAAVEDRA**



Flamenco, rock, Lorca, Cohen, caos y la gloria. Foto: Paco Manzano